

Bacante para una noche de estrellas

FEDERICO ABAD

I

Todo lo que a partir de este momento he de contarte sucedió durante la última noche de carnaval. Hoy se cumple precisamente un año de aquella fecha para mí inolvidable, y bien sé que el recuerdo de los acontecimientos de entonces, del mismo modo que permanecen imborrables en mi mente mientras escribo estas líneas, no han de perder su nitidez en el resto de mis días. No me va a resultar fácil explicar el sentido de aquel encuentro ni de lo que traje consigo, y es acaso el misterio que contiene y la fuerza de aquellas imágenes lo que me ha condenado a vivir atado a sus sombras.

Fue tal vez el año en que todos nosotros, y con ello quiero referirme al círculo de amigos en el que usualmente me desenvuelvo, pusimos más interés en la celebración de las carnestolendas. El invierno estaba siendo crudo, si no en lluvias, sí en heladas, pero el ánimo se mantuvo alto desde la entrada del año, y la fiesta de nochevieja nos convocó a todos sin excepción en la antigua casa de Lorenzo, donde aún al amanecer el cava corría vertiginosamente mientras bailábamos los temas del *Time And Tide* de Basia. Por entonces ya se empezaron a tratar los proyectos de carnaval.

Pasados los Reyes, quien más y quien menos contaba, pues, con una idea aproximada del personaje que se disponía a interpretar en las vísperas de la cuaresma, y los más rezagados pronto apañaron inimaginables atuendos sacados del fondo de

los baúles de sus abuelos. Los últimos días andábamos frenéticamente de casa en casa recortando antifaces, cosiendo hábitos, trenzando miriñaques y sembrando uniformes entorchados de extravagantes insignias traídas del último vericuetto por los más audaces.

Llegó por fin la noche de las máscaras. Desde las postrimerías del ocaso fuimos apareciendo en pequeños grupos por el estudio de Rosa, que previamente habíamos fijado como punto de encuentro; y yo, que vestido a la usanza de los cardenales italianos del renacimiento había sido de los primeros en hacer acto de presencia, puedo prometerte que me sentí abrumado por el desbordante ingenio que mostraba aquella galería de enmascarados seres que circulaban ante mis ojos. Una contagiosa hilaridad nos fue invadiendo al vernos tan curiosamente engalanados, y esto, unido a que los elixires del dios Baco no faltaron a nuestra cita ni desde el primer instante hizo que todos exteriorizásemos nuestro espíritu burlón cuando, hechas las primeras fotos de familia, salimos a la calle dispuestos a chapotear en el loco teatro de una noche adornada de estrellas y fantasmas multiseculares.

No sé si querrás creer lo que te cuento, pero he de confesarte que desde el momento en que partimos del estudio de Rosa, esta ciudad que a veces amo y a veces, como ahora, aborrezco con todas mis fuerzas, me mostró un semblante muy distinto del que pudiera haber tenido siempre. Sí, ya sé que pronto me sentí ebrio, y que necesariamente mis sentidos habían de percibir el mundo de otra forma. Pero también es cierto que las imágenes, los sonidos, el aire frío que aquella noche acariciaba mis mejillas no eran los mismos de otras veces, ni aún de aquellas en las que he estado más borracho que nunca. En nuestro deambular por

el dédalo de callejuelas que nos separaban del compás de San Agustín esta nueva percepción fue tomando cuerpo con una fuerza cada vez mayor. Y, contra lo que pudiera pensarse, no sentí el menor interés en comentar mis sensaciones con los demás. Era un estado tan especial el que se apoderó de mí que preferí abandonarme a él e intentar atrapar sus peculiares perfiles.

Conforme nos aproximábamos a nuestro primer punto de destino nos fuimos encontrando con un número de comparsas de enmascarados que iba en aumento, de forma que al entrar al compás desde Rejas de Don Gome nos vimos envueltos por un alegre bullicio de grupos cubiertos de disfraces multicolores, llevados por un animado regocijo y que, con el transcurrir del reloj, fue creciendo más y más hasta hacerse realmente denso. Inevitablemente cada uno mostraba cierto empeño en interpretar el papel del personaje que había elegido encarnar, por lo cual no es preciso que te explique que pronto empezaron a cruzarse las invectivas y los comentarios jocosos entre las máscaras que por allí deambulábamos. Y yo, que previendo que mi papel de figura eclesial iba a ser motivo de interés, burla y escarnio entre el personal presente, opté con anterioridad a la salida por hacerme con un buen número de pegatinas que guardaba en casa y que había ido extrayendo pacientemente de las envolturas de los pastelitos, para repartirlas a modo de estampitas sacras entre los feligreses que ahora venían hasta mí con la idea de que les diese la bendición, los casase o les bautizase algún hijo crecido.

En este discurrir de diálogos falsos e inútiles soliloquios entre los personajes de fábula que se arremolinaban bajo las farolas de la plaza, la percepción de la particularidad de todo cuanto me

rodeaba había tomado un giro diferente. Ahora me sentía embriagado por una muchedumbre que parecía empujada por un designio de locura, y curiosamente yo mismo notaba que esta embriaguez estaba también dentro de mí, obligándome a conducirme más como un diablo en el infierno que como un santo en la Tierra. En una noche infernal como la que se cernía, sólo un personaje diabólico podía aparecerse ante mi paso.

Fue una voz tibia pero turbadora a la vez la que susurró no lejos de mi oído

—Al fin nos vemos las caras, eminencia. Hoy sabremos de quién es el Mundo.

Ante aquel peculiar abordaje volví de súbito mis ojos esperando encontrar algún rostro familiar, pero no sucedió así. Por el contrario, frente a mí a pareció una bruja, una bruja con una figura más turbadora aún que su propia voz. Tras el antifaz de brillos de azabache que cubría su rostro centelleaban poderosamente unos enormes ojos que me miraban fijamente. Pese al enorme embrujo que sentí en ellos, respondí de inmediato

—No ha de ser precisamente tuyo, maldita hija de Belcebú.

—No sea arrogante, eminencia, que por una vez el cielo puede dejarlo desamparado —replicó de inmediato, mientras me sonreía con los más bellos labios jamás imaginados.

Fue en ese instante cuando advertí lo increíblemente hermosa que era. Llevaba puesto un vaporoso traje negro entallado a la cintura. Sobre sus hombros caía una larga capa, y un sombrero con forma de cono prolongado, en el que llevaba recogido su cabello, le cubría la cabeza.

No acababa de salir de aquel absorto estado en el que me vi sumido por tan inusitado encuentro cuando bruscamente se abalanzó sobre mí la inefable Luisa colgada al brazo de un capitán de tropa decimonónico, con el cual me exigía con desaforadas voces que la desposase. Complimentados sus deseos con más jolgorio que ceremonia me volví de nuevo hacia mi bruja maravillosa, pero sólo pude ver cómo se escurría entre las últimas máscaras que alcanzaba a dominar con la vista. Sentí de inmediato un cierto amargor subiendo por la garganta, pero pronto lo apagué haciendo correr por ella abundantes tragos de vino de la tierra, traído en botellas que circulaban imparables de mano en mano.

Avanzó la noche entre un vivo regocijo, y nosotros con ella nos adentramos algo más en los parajes del delirio. No cesamos ni en los bailes ni en los juegos ni en las mayores bufonadas, y entre tanto desafuero hubo alguno que por poco pierde parte de lo que pudo beber en sus entretelas.

Más tarde, aprovechando un breve lapso de calma, resolvimos cambiar de escenario, de manera que nadando con dificultad entre el tumulto reinante conseguimos alcanzar la otra orilla del compás, allá donde empieza el mercado, y cruzando la calle Dormitorio nos internamos en la de Montero. Algunos metros más adelante nos encontramos con nuestra inefable amiga Sara, que había arrinconado sus utensilios de pintor de blancas paredes para protagonizar la fiesta luciendo su traje de bailarina hindú, con el que difícilmente se protegería del frío si no fuera por ese inagotable ánimo que siempre había en ella para conquistar la calle. "¡Reina, que eres la reina!", le dijimos. Y ella se volvió más faraona aún, y se aproximó insinuándose en un supremo contoneo para decirnos a todos que íbamos *guapísimos*.

A continuación se dirigió hacia Paco, a la sazón ataviado de patricia romana con unas cortinas de su casa. Le estampó un beso francés y se arrancó por rumbas con él; y cuando se cansó de bailar con Paco nos hizo acompañarla a cada uno de nosotros.

Personalmente, he de confesarte mis dudas sobre la posibilidad de divertirme tanto como en aquella ocasión. Todos los que por allí discurrían se paraban para animarnos a las palmas, y cuantas más máscaras veía Sara en torno suyo, más chistes y bromas se le ocurrían. Mucho me gustaría que pudieras haber estado allí mismo sólo para ver las insólitas evoluciones de aquella figura del folklore.

Estaba yo, como todos los demás, haciendo palmas y más palmas para animar el baile cuando sentí que unos dedos hurgaban en mi cintura, bajo el fajín de prelado. Me volví sobresaltado para encontrarme con la imagen que menos hubiera podido adivinar: la de una meretriz. Sin interrupción, me inquirió

—¿Qué buscará un cardenal como vos en un lugar como éste?

De inmediato, aquella voz singular desató un indescriptible escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Fijé mis ojos en la boca que había podido pronunciar tal pregunta, y desde el mismo instante en que lo hice ya la reconocía. Luego miré a las pupilas que asomaban detrás del antifaz rojo, y descubrí el mismo brillo intenso que con anterioridad, justo frente a las puertas de San Agustín, me sumieran en un extraño estado de felicidad. Maravillado por aquel nuevo e inesperado encuentro, no dudé en responder

—Seguramente voy siguiendo los pasos de la prostituta más hermosa del mundo.

—¿Y cree su eminencia que habrá de tardar mucho en encontrarla? —preguntó mientras masticaba chicle con un movimiento de mandíbula chulo y gracioso.

—No —contesté de inmediato—. De hecho, creo que ya la he encontrado.

—Oh, ¿de verdad? ¡qué dolor! —apuntó frívola, ocultando su sonrisa con un board de pelo oscuro que llevaba sobre sus hombros.

Confieso que aquella salida me desconcertó en gran manera más aún de lo que ya pudiera estarlo. Me resultaba tan inverosímil el intentar concebir juntos en mi mente la maravillosa ternura de sus gestos junto al extraño poder de seducción diabólica que había en ellos, que únicamente su presencia a mi lado desataba un torbellino de incontables pasiones que sólo con un gran esfuerzo lograba dominar. No pude resistir la tentación de mirarla varias veces de arriba abajo, atónito, sí, pero descarado a la vez. Ella mantuvo su imperturbable apostura de puta arrogante.

Comprobé que vestía una ceñida falda de cuero rojo, y un suéter algo corto y no menos ceñido. Todo su cuerpo era una ola que arrastraba con fuerza las arenas en la playa de mis deseos. La miré fijamente a los ojos y le hablé claro.

—Sabes de sobra que voy a ir a por ti.

—Muy bien, cardenal. Aquí te estoy esperando —respondió con un gesto de desafío y provocación a un tiempo.

—Estupendo. Entonces, vámonos —continué, mientras la asía del brazo. Pero ella cogió mi mano suavemente y se desasíó con exquisita sutileza.

—No. Ahora, no.

—¿Por qué ahora no?

—Todavía es pronto. Quizá más tarde.

No me dio oportunidad de decir nada más. Puso su dedo índice sobre sus labios, pintados de un carmín furiosamente rojo, y a continuación lo llevó hasta los míos. Al separarlo rozó levemente mi pecho, me guiñó divertida, y se alejó sin apartar sus ojos de los míos hasta perderse entre la muchedumbre. Para mí hubo de transcurrir cierto tiempo hasta que pude reaccionar a su segunda partida.

II

Ignoro si hubo alguno de entre mis amigos que se percatara de lo sucedido, pero todavía hoy sigo pensando que ninguno de ellos prestó la menor atención. Y cabe muy bien pensar así si atendemos al escándalo que Sara había organizado con nosotros en el centro de aquella que desde siempre fue vía del carnaval. Tampoco hubo nadie que en el tiempo transcurrido a partir de entonces me preguntase por la causa de mi ensimismamiento, aun sabiendo que éste era claramente manifiesto.

Era mejor que todo discurriera de aquel modo, y a menudo pienso que el destino quiso que fuese así. Ya desde el principio he venido a decirte que no fue la de mi relato una noche en absoluto semejante a ninguna otra. Poco después nos despedimos de la *Saritisima*, y proseguimos nuestro carnavalesco periplo; aún guardaba algunas estampas sacras para repartir a fieles y herejes que se cruzaban en mi camino y me abordaban con sus plegarias. Cuando se hubieron agotado todas las

pegatinas tuve que empezar a repartir bendiciones *urbi et orbe* a diestro y siniestro para calmar a un personal cada vez más bullicioso por estar asimismo cada vez más borracho. Mas, al fin y al cabo, yo no lo estaba menos, así que no dejé de divertirme con el cómico trajín de máscaras que iban y venían por las callejuelas y plazas de una urbe afantasmada. A veces, al doblar algún recodo y sumergirnos en los vericuetos más desiertos volvía a recobrar la extraña sensación de que una ciudad muy vieja y caprichosamente distinta latía oscuramente bajo mis pies. Me resultaba apasionante entonces el dejarme arrastrar por un turbulento ensueño que en la bruma me traía imágenes de un ser enmascarado, inexplicablemente vuelto de bruja a prostituta, y al que tanto temía recordar.

Al final del camino habíamos de desembocar, claro está, en la Corredera, negra y decadente como la propia noche. Al fondo de la plaza, sobre un escenario instalado para la ocasión, los amigos de la Orquesta Meridiano marcaban con fuerza el compás de la salsa tropical. Aquel ritmo asincopado arrastraba a buena parte de la muchedumbre a mover sus esqueletos.

Aquí encontré la cara oscura del carnaval; en una Corredera que se me aparecía como un ágora inquietante, no sé si por su sordidez, concentrada especialmente en las viejas tabernas abiertas en los soportales, o por la multitud de enmascarados que, escasamente iluminados por algunas luces mortecinas, vagaban caminando sobre los cristales de las botellas que los borrachos de peor condición habían roto contra el suelo para divertirse.

Cierto es que estuvimos bailando al son de la orquesta, que no dejamos por ello de escanciar cerveza y fino en cantidades

considerables; que incluso llegamos a jugar al correquetepillo cuando empezamos a perder el control. Pero yo opté por retirarme durante un rato del bullicio, y sigilosamente me fui alejando hasta los soportales del lado opuesto a donde se levantaba el escenario, junto al Arco Alto. Allí, recostado sobre un pilar, vigilaba callada y atentamente la actitud de todos los que ante mí transitaban. Se me antojaban duendes taciturnos, náufragos entre el sueño y la vigilia, olvidados a su propio ir y venir sin atender a nada que les fuese ajeno. A mi entender, sólo sabían mirar y reír, y olvidar, olvidar sobre todo.

Siempre me pareció apasionante mi afición a observar desde detrás de las ventanas o cualquier otro lugar discreto a mis semejantes, pero en esta ocasión el papel de observador me fascinaba de un modo especial. Hechizado por la penumbras irreales de aquella plaza en una noche de ensueño, no advertí al principio que alguien que pasaba junto a las arcadas se había detenido no lejos de donde yo me encontraba, y se dedicaba asimismo a contemplar distraídamente el ambiente de la plaza desde sus postrimerías. Cuando tomé conciencia de ello pude comprobar, pues se hallaba prácticamente de espaldas a mí, que se trataba de una chica joven y de esbelta figura, ataviada con un rutilante traje de princesa cuya brillantez y elegancia contrastaba de forma llamativa con la sordidez de nuestro ámbito. Qué extraña atracción sentí hacia ella, cegado en buena medida por los vapores del alcohol, no sabría explicarte con detalle, pero he de confesar que sin tan siquiera pensarlo previamente, como correspondería a mi natural timidez, sin conocer tan sólo la forma de su rostro, y animado ciertamente por un innegable deseo de superar los pasados contratiempos, me acerqué a su

lado y comenté de un modo distraído mientras atendía al escenario

—Extraña y hermosa noche. ¿No lo creéis así, alteza?

—Sin duda, eminencia, sin duda.

Justo antes de volver el rostro para mirarla a la cara, un relámpago cruzó por mi mente. "¡Cielo santo, esta voz la conozco yo!", pensé. Acto seguido la sangre se apretó dentro de mis venas: de nuevo se encontraba ante mí el semblante más hermoso del universo, cubierto con un antifaz que guardaba el tono rosa pálido del traje.

—¿Quién eres?, contéstame —pregunté torpemente, asaltado por una irreprimible ansiedad.

—Soy tu reina, cardenal, y has de obedecerme en todo —respondió con una burla arrogante.

—Está bien, alteza —repuse sin titubear—. Se hará lo que tú desees.

Un silencio para mí incómodo se abrió entre nosotros. Sentía la necesidad de insistir en mi pregunta y, al cabo, volví a formularsela.

—Háblame de ti. Quiero saber cómo te llamas.

—Y yo, en mi calidad de reina, te prohibo que me hagas preguntas de ese tipo.

Fue esta última una frase algo cómica y afectada, pero cortante, que me hizo enmudecer. Continuamos el uno junto al otro, con la vista puesta en la oscura masa de espectadores de la orquesta, aunque no dijimos más hasta que al cabo de algunos minutos la princesa misteriosa se volvió hacia mí y me confesó

con recato, al tiempo que su voz descubría una cierta vehemencia

—¿Sabes...?

—¿Qué?

—Pues, verás... yo sí te conozco a ti.

—¿Qué quieres decir? ¿que me conocías antes de verme esta noche?

—Oh, sí, mucho antes, por supuesto. Mira, sé que te llamas...

Y acto seguido me descubrió en pocas palabras que sabía los detalles de mi vida a la perfección. Aunque la noche no cesaba de proporcionarme grandes sorpresas con aquel extraño ser, esto resultó realmente un golpe fuerte. Compréndelo: no es muy común que un desconocido pueda saber tanto de uno mismo, por lo que es natural que, tras escuchar atentamente su exposición, continuase con mi pregunta.

—¿Y puedo saber cómo te has enterado de todo eso?

—Bueno, sí... —titubeaba—. Es que yo conozco a Julia, y de hablar con ella...

—Conque conoces a Julia —repuse— ¿Y te importa si te pregunto de qué la conoces?

Noté que enrojecía levemente. Sentía verdaderas ansias de llegar al fondo de la cuestión, pero ello no me impedía distraerme admirando el intenso hechizo que podía producir su cercana presencia. Pensé que el antifaz no lograba ocultar su belleza en lo más mínimo. Era sólo un pensamiento fugaz para una sensación infinita.

Me aclaró que ambas habían coincidido en el instituto *Luis de Góngora* en el segundo curso de bachillerato; que durante aquel curso estudiaban juntas y que, por tanto, se hicieron muy amigas.

—Y desde entonces hasta ahora —continué— habéis seguido manteniendo vuestra amistad.

—Ajá, eso es.

—Y os veis muy a menudo.

—Bueno, sí. No todos los días, claro, pero bastantes.

Permanecí un instante pensativo.

—Y dices que la conociste en el Instituto...

—Góngora, sí. En segundo curso.

—En el instituto Góngora, en segundo.

—Que sí.

—¡Eso es una sucia y asquerosa mentira! —contesté furioso. Rápidamente noté que mi actitud airada había derrumbado no sólo su primera arrogancia, sino también su trato amable y confiado. Con una expresión lastimosamente timorata, aún se atrevió a responder con un hilo de voz

—No, no es mentira. Es verdad. ¿Por qué me dices eso?

—Mira, preciosa —le dije—, yo conozco, creo que bastante bien, a Julia. Conozco también a sus amigas más próximas, y tú no perteneces a ninguna de ellas. Pero lo que menos encaja en todo este maldito embrollo, y ahí no vas a tomarme el pelo, es que Julia tan sólo hace cuatro años que se vino a vivir a esta ciudad, y el bachillerato, en consecuencia, no lo cursó aquí.

La extraña enmascarada había enmudecido. No me miraba de frente, pero yo sí notaba que sus labios estaban temblorosos y que sus pupilas parecían irritadas. Empujado por la cólera, la cogí por los hombros con fuerza y le hablé ya rostro con rostro.

—Escúchame ahora lo que te digo: esto no tiene ningún sentido. Lo sabes todo de mí, y me lo haces saber, pero a continuación me ofreces una estúpida explicación sobre tu

fuentes de conocimiento. Es más, estoy bien seguro de que tú sabías de antemano que yo no iba a tragarme la historia de Julia.

Notaba cómo mi agresividad asomaba a flor de piel. Sentía el rigor de dos manos oscuras que se hundían en mis sienes. No podía soportar su silencio.

—Mira, estoy harto. Siento asco de todo esto —en esos momentos mis palabras salían a gritos—. Si vas a seguir con esas apariciones y desapariciones imbéciles, con tus aires de perfecta princesa y con tus cuentos de mierda, entonces piérdete, mona.

En ese instante, sus ojos, irritados hasta entonces por un puñado de lágrimas contenidas, se volvieron hacia los míos como dos látigos monstruosamente asesinos. Su mirada se heló en el aire, y con ella algo muy parecido a un huracán de nieve corrió por mis venas. Luego sentí su voz. ¡Dios, qué sensación más horrible!. Ya sólo me dijo

—De acuerdo. Suéltame, cerdo.

Temeroso, humillado, aparté mis manos que con tanto coraje se habían asido a sus hombros. Sin mediar después un sólo instante, ella cruzó a mi lado y siguió caminando alejándose a mis espaldas. En un momento mi boca llegó a entreabrirse para decir algo, pero no había palabras disponibles, sino un dolor oscuro en el fondo de los pulmones. Ahora, Carlos llegaba con un vaso de vermut en cada mano. Me entregó uno de ellos y se empeñó en brindar "por nuestros vicios", según sus palabras. Estaba decididamente saturado de etílico. Su traje de soldado turco aparecía medio empapado. Más tarde llegó a contarme que un rato antes, en un descuido, había derramado un vaso lleno de cerveza sobre él.

Me dijo además otras muchas cosas, pero no hizo el menor comentario a todo lo ocurrido justo antes de aparecer él. Estaba claro: sin duda no había llegado a verlo.

Sólo después de acabar el vermut que siguió a aquel primero encontramos al resto de nuestra camarilla. Observaba en ellos cierta impaciencia por marcharnos de aquella plaza, ahora que el recital de salsa de la Meridiano había tocado a su fin, y las máscaras comenzaban a desfilar con su tumulto semiapagado camino del Arco Alto y del Arco Bajo.

Afortunadamente, fueron pocos entonces los advenedizos fieles que se atrevieron a abordar a este nada altivo cardenal con sus ruegos. Me sentía enturbiado por los vapores del alcohol. Me encontrada además humillado por el devenir perverso de los últimos acontecimientos. Poco atendía ya a cuanto me rodeaba; ni siquiera al recorrido que llevábamos, del que perdí incluso la noción, de modo que la entrada en El Juglar, nuestro último puerto en tan largo periplo nocturno, despejó con rapidez aquel estado de ebria laxitud que me invadió durante el camino. Y puedo asegurarte que algo parecido sucedió a los demás cuando trasparamos el umbral de la puerta de aquel bar donde se habían reunido a festejar su particular carnaval los enmascarados de imagen más fascinante.

Tan peculiar galería de *pierrots* y *colombinas*, *cyranos* o *quasimodos* no pudo menos que seducirme. Brindamos con champán por la singular magia de aquel tiempo recobrado, hicimos por bailar rigodones y minuetos y contamos chanzas de todo orden. ¿Podría sentirme feliz entonces?

Así podría ser, pero ahora experimentaba un ligero cosquilleo debajo de la nuca. Sabiendo que Antonio llevaba un rato

haciéndole cosquillas en el cuello con el encaje del abanico de Sofía a todo el que se encontraba, eché hacia atrás los brazos en un intento de atraparlo desprevenido, pero sólo hallé el vacío. Al volverme pude ver cómo una pluma blanca, probable instrumento de tan singular tortura, caía balanceándose hasta el suelo, junto a los cortinajes de la ventana. Al acercarme a recogerla pude ver los pies de una figura que se ocultaba detrás de aquéllos. Rápidamente me incorporé. Esta vez no me cupo duda alguna de quién se trataba, y tanta certeza no pudo menos que producirme un poderoso escalofrío.

Aquella mujer interpretaba ahora el papel de un hermoso ángel, un ángel de enormes alas de plumas blancas, piel muy clara y cabello dorado. Vestida con una graciosa túnica celeste, me miraba con ojos risueños y sonreía con un gesto entre malicioso y cándido. Qué extraordinaria mutación, qué inexplicable resurgir del ánimo en la persona que con tanto poder volvía a subyugarme una vez más en aquella noche sin límites.

—Válgame el cielo —exclamé—. Si es un ángel lo que veo.

—Más aún, eminencia, más aún. Soy vuestro ángel de la guarda.

—Entonces tendré que decir que me siento hechizado por mi ángel de la guarda.

Algo sonrojada por la gratitud de mis palabras, contestó

—Modere sus sentimientos, que no son dignos de un padre de la Iglesia.

No pude sino echarme a reír con aquel reproche que por un momento me hizo callar. Luego, al recordar nuestras últimas palabras pronunciadas entre las sórdidas penumbras de la

Corredera, sentí la imperiosa necesidad de cuestionarle lo inevitable.

—Dime. ¿Cómo has podido cambiar tanto tu vestimenta y tu actitud en menos de una hora?

—¿Cambiar? ¿En menos de una hora? ¿Qué significa lo que estás diciendo?

—Pero —repuse contrariado—, ¿por qué me preguntas eso? Está claro que tu enfado era soberbio cuando me dejaste hace un rato.

—¿Dejarte? —sacudió la cabeza sorprendida— ¿dejarte, dónde?

—¿Dónde va a ser? En la Corredera, hace menos de una hora.

—Perdona, creo que te equivocas. Yo no he pasado esta noche por la Corredera; además, no te había visto en toda mi vida antes de que entrases por esa puerta hace un instante.

—¿Otra vez vamos a...? —pero interrumpí de inmediato mis palabras, sabiendo el inútil destino que llevaban.

—¿Otra vez... qué?

—Es lo mismo, olvídalo. Tal vez me haya confundido.

Desde ese momento, nuestra conversación evolucionó por otros derroteros. Puse todo mi interés en evitar cualquier mención a las anteriores apariciones de aquella que, ataviada ante mis ojos como mi delicioso ángel de la guarda, había pasado antes por bruja, meretriz y princesa, y esto podría jurarlo entonces, ahora y un millón de veces más, porque los rasgos de su rostro, las formas de su cuerpo, el timbre de su voz eran para mí tan claros por cuanto turbaban en tal manera mi deseo, que nada podría confundirme en su reconocimiento. Pero a esas alturas de la madrugada me resultaba tan necesario conquistar su compañía, que poco me importaba el peso de sus sinrazones.

Entre palabras, silencios y algún sorbo de champán transcurrían largos minutos, y con su transcurso iba descubriendo en mi interlocutora nuevos rasgos que alimentaban la pasión que por ella sentía. No era sólo lo exquisito de sus gestos, la esbeltez de sus movimientos aun a pesar de la carga de aquellas grandes alas. En el fondo de nuestra fluida conversación, en cuyos detalles no he de entrar, encontré un pensamiento insospechadamente lúcido para tan altas horas de la madrugada, y un exquisito dominio en el discurso del diálogo, en cuyos brazos me entregué por saborear sus precisas palabras, su tono de una perfección enigmática, casi imposible.

No exagero en imaginar que ella sabía envolverme con sus palabras, tejer con la expresión de su cuerpo y de su alma una cárcel invisible de la que yo no estaba dispuesto a salir. Me había enamorado. La miraba a los ojos y se lo decía con la mirada. Ella lo reconocía, lo aceptaba y me respondía con una sonrisa.

Pierdo la noción del tiempo que nos ocupó en aquel diálogo que discurría al margen de todo cuanto sucediese en el bar. Sentados como estábamos ante un pequeño velador situado junto a la última ventana, bebimos acaso tres o cuatro copas de champán sin atender a otros hechos que a nuestra común compañía. Finalmente, mi amorosa dama, de la que aún seguía ignorando el nombre y todo lo referente a su persona, me sugirió que saliésemos a la puerta para respirar un poco del aire fresco de la noche, pues el que ocupaba el interior aparecía ya lo suficientemente cargado de humo. Como es natural, acepté.

Fuera hacía una noche limpia y el cielo estaba cuajado de estrellas. Aquella bocanada de aire fresco despejó mi cabeza en

lo posible, pero en nada turbó el invisible lazo que me ataba a mi acompañante. Tras dirigirle una mirada de complicidad, la tomé de la mano y nos apartamos al borde del callejón que limita el bar. Situados en aquella penumbra, sin dilación nos entregamos a un beso, suave al principio, profundo después, inextinguible.

Con los ojos cerrados, nada había ahora en el mundo salvo aquella dulce boca y aquel delicioso cuerpo que se estrechaba contra el mío. Sus labios me embriagaban más allá del efecto producido por cualquier licor ingerido en todo aquel tiempo, hasta el punto de hacerme pensar que llegaría a perder la razón. Por eso, cuando una insólita llamada del fondo más lejano de mi cerebro me hizo abrir los ojos, y sobre mi cabeza distinguí el brillo acerado de la hoja de un cuchillo de monte, pensé que no podría llegar a reaccionar.

Pero, de algún modo que aún ignoro, mi brazo izquierdo se desasíó de su cintura y salió disparado hacia arriba para lograr detener en el último tramo de su caída a aquel otro que con una fuerza atroz se disponía a asestarme una certera puñalada en mi espalda. Ella reaccionó inmediatamente tirando de todo su cuerpo hacia atrás en un sofocado intento por soltarse de mi mano, que apretaba con fuerza de garra su antebrazo. Yo, por el contrario, trataba de doblar éste para obligarla a derrumbarse y poder de este modo arrebatarse el cuchillo. Pero ella, rápidamente, acercó su mano izquierda a la derecha, que pasó a llevar el arma, y en un fugaz movimiento contrario intentó clavarme su hoja a la altura del costado. Mi cuerpo retrocedió entonces muy deprisa, dejando un escaso espacio frente a la punta de acero. Sin pensarlo, asesté con todas mis fuerzas una patada al puño que sostenía el cuchillo, con lo que éste cayó al suelo. Algo alejado, ella no hizo más esfuerzos por recuperarlo,

sino que con una enérgica sacudida se desasíó de mí, que aún la tenía sujeta por el brazo, y salió huyendo. Salí detrás de ella para perseguirla, pero fue inútil. Ignoro de qué parte del cielo o del infierno sacaba fuerzas para correr con aquella velocidad, de modo que al doblar un par de calles ya le había perdido la pista. Regresé hasta el lugar de los hechos con el corazón en la boca. En el suelo había un buen número de plumas blancas, y entre ellas un cuchillo de monte con la hoja limpia.

III

El cielo dejaba atisbar una tenue claridad cuando los últimos que quedábamos en El Juglar, apurando aquella interminable fiesta de máscaras, abandonamos el bar. No sólo nuestros rostros; acaso también nuestros festivos disfraces, preñados de color y lustre al abrirse la noche, aparecían ahora desgastados por la sucia luz del primer amanecer. Ya nadie tomaba la iniciativa de salir con alguna broma. Al mirarlos a la cara observaba en todos ellos, como sin duda a mí me sucedía, unas grandes ojeras y un gesto de completo abandono. Nos encaminamos a las Tendillas para tomar un desayuno temprano antes de marchar a casa a dormir.

Una profunda sensación de abatimiento me dominaba. Derrumbado por aquel terrible final de la misteriosa historia de los múltiples encuentros, no hice por el contrario ningún esfuerzo por contar a mis amigos la experiencia por la que había pasado. Roto mi ánimo por tan turbio, inexplicable, diabólico asunto, preferí dejar abandonado su recuerdo en un oscuro

pozo de mi memoria. Sólo el cuchillo de montaña que conservo celosamente guardado, escondido a los ojos ajenos, deshace de mi mente los pensamientos que a veces me sobrevienen de que todo aquello sólo fue un sueño.

Este era, pues, mi estado de ánimo en aquella fría mañana. Marchábamos, como podrás imaginar, casi sin hablarnos. Al salir por la calle San Zoilo, a espaldas de la iglesia de San Miguel, una procesión de enmascarados vestidos de riguroso luto cruzaron ante nosotros. Iban gimiendo de un modo cómico, mientras alguno de ellos lanzaba jocosos gritos de dolor. Se trataba del Entierro de la Sardina.

Nos detuvimos sólo un momento a verlos pasar. Continuaron después su camino alejándose por delante de la iglesia, así que nosotros también continuamos el nuestro. Yo, que quedé rezagado porque estuve observando la procesión hasta perderla de vista, pude observar en el último instante lo siguiente: del ataúd que portaban los enlutados se incorporó repentinamente el personaje más tétrico de todos. Se trataba de una sardina amortajada. Justo antes de perderse tras la última esquina volvió su rostro demacrado hacia mí. Todo el maquillaje de muerto que llevaba puesto no me impidió reconocer de inmediato que quien me observaba con aquella espeluznante mirada no era otra que la mujer que había intentado apuñalarme. Sentí un horroroso escalofrío, un escalofrío que aún me sobreviene cuando recuerdo aquella imagen imborrable.

Fue la última vez que la vi. La procesión se perdió por detrás de la iglesia, y yo continué mi camino. La noche, al marcharse, se había llevado consigo a aquella mujer que horas antes había arrojado hasta mi orilla para darme muerte.

Bacante para una noche de estrellas obtuvo el primer accésit en el V Certamen de relatos cortos Campo de los Patos, convocado por la Concejalía de Juventud del Ayuntamiento de Oviedo en 1989, y fue publicado por ediciones Azucel.